

17

La Tabla

---

Junto á la puerta del hogar sentados  
y ante la mar que agita su ancho seno,  
del marino la mísera viüda  
y el hijo sufren su constante duelo.

El equinoccio del otoño trajo  
horror, angustias y gemir eternos  
sobre las costas de Bretaña, duras  
y erizadas de rocas; ¡ay! por eso  
soñando entre las luces de la tarde  
los dos se visten de colores negros.

En aquel lago dulce y apacible  
en que al soplo suavísimo y ligero  
de las calladas brisas, alejándose  
y alejándose van los barquichuelos  
cuyas zurcidas velas se destacan  
sobre las verdes ondas, á lo léjos,  
¿quién descubrir ni adivinar pudiera  
al cruel Oceano traicionero  
que en solo un dia del que fué temido  
y lamentado y borrascoso invierno  
veinte barcas lanzó sobre la costa,  
sació á la muerte su implacable anhelo,  
hirió á la esposa que su angustia gime  
y al niño hirió que se lamenta huérfano?

Sonríe el cielo transparente y puro,  
el mar se agita halagador y bello;  
la mísera viüda sólo siente  
un rugir espantoso y un recuerdo;  
el de la tempestad que la persigue  
con ronca voz; el del esposo muerto.

«Culpa fué de su arrojó»— la viüda  
dijo al rapaz, que la escuchaba atento.  
«A los que naufragaban ¿quién podía  
abandonar? ¡No! No! ¡Pobre Mateo!  
¡Ay! no temer ni áun á la misma muerte.  
¡era tentar á Dios! ¡Horrible tiempo!  
Jamás las furias de tan altas olas  
ojos humanos como entónceS vieron.  
Tu padre descansaba entre nosotros  
y, al cenar, dijo: «Con tan malos vientos  
maldito debe estar el que se arrojó  
desesperado á combatir con ellos.  
De sobremesa ya, tomó su pipa  
y la encendió; ¡salió! Sobre los negros  
peñascos de la costa, donde apenas  
de las olas llegaban golpes sueltos,  
mirándolas saltar, curiosamente  
sonreían algunos marineros.  
¡Ah! de improviso, entre la densa bruma,  
del lado de las rocas de San Pedro,

29

vió tu padre llegar rápidamente  
un bergantín... ¡Dios mío! Te lo cuento  
más despacio que fué. Contra un escollo  
se hundió su quilla. Con rugido trémulo  
tu padre dijo: «¡Sin tardar! ¡Un bote!»  
Espantada quedé. Sus compañeros  
le enseñaron el mar, que entre las peñas  
al estrellarse rápido y revuelto,  
en hervidora espuma se cambiaba  
rajando grietas y llenando huecos.

«Un bote y á las olas» — repetía  
tu padre. — «¡Pronto!» ¡Sin tardar! ¿Seremos  
cobardes? ¡Nunca! ¡Sin tardar! ¡El mío!  
¡Ni á las olas tomí ni al aire fiero!  
«¡Adelante! le llaman.» — No lo dudes  
locos los hombres son. ¡Al mar se fueron  
y ninguno volvió! La misma hora  
era en que tú me ves llegar gimiendo  
todas las tardes hasta el borde mismo  
de las arenas y del mar sereno.

El Oceano que á mis piés se humilla,  
miétras los baña con mojados besos,  
no devolvió del tan querido bote  
ni una tabla siquiera! ¡Tú, mi cielo!  
¡Hijo del corazón! ¡Ay! ¡Si me quieres  
no te lances al mar! ¡Nunca! ¡Ya tenes

tu promesa!... ¡Por Dios! El padre cura  
te quiere mucho. ¿Me comprendes? ¡Bueno!  
¡Serás un sacerdote! Tu destino  
abre á tus pasos cómodo sendero.  
Sin mirar estas luchas borrascosas,  
sin escuchar sus espantosos ecos,  
cuando seas ya cura, tu criad  
yo seré ¡qué tranquilos viviremos  
léjos del mar! ¡Recuerda que hace dias  
ya me lo prometiste! ¡Léjos! ¡Léjos!

El niño calla. Piensa en sus amigos,  
en sus amigos, pobres y pilluelos  
que, al despuntar el alba, por las bordas,  
de las chalupas corren satisfechos  
miétras que él, resignado; no se atreve  
ni aun á anudar un cable. Dócil siervo  
es de sus votos y promesas. Quiere  
obedecer y sufre obedeciendo.  
¡Ah! cuando el cura cierra el blanco libro  
diciéndole «¡A jugar!» ¡con qué contento  
ya, libre, corre por la arena  
acariciando un imposible sueño!  
Mas ¡ay! sentir el aire humedecido  
que mueve y ensortija los cabellos  
y el agua que acaricia desde tierra  
ver las espumas de las olas, cierto

20

que apacigua su aian, pero no basta  
á su indomable voluntad con eso.  
Sobre las olas su ambicion se mece,  
sobre la vieja barca sus deseos,  
allí la vela desplegada flota,  
allí los focos hincha rudo viento,  
el horizonte se engrandece, salta  
el corazón bajo el desnudo pecho,  
el aire franco de la mar alegra  
y fascina su cántico soberbio...  
¡Y sufrir tantos meses de martirio  
sin ver llegar el suspirado término!

Los meses pasan. Torna el equinocio  
y con él sus furores. En el puerto  
un dia lamentábanse reunido  
algunos infelices marineros,  
y un *brich* miraban que tocaba casi  
las peñas, ya, del arrecife negro;  
¡en las olas saltaba, del naufragio  
la fatal agonía padeciendolo!

«Un bote al mar, valiente,» uno dijo.  
¿Quién olvida los trágicos recuerdos  
de la pasada tempestad? ¡Ninguno!  
Mas el bote se armó. Contra su pecho  
abraza la viüda á su muchacho  
que tiembla sin cesar, y no de miedo,  
y al öido le dice: «¡Ya lo sabes!  
¡lo prometiste! ¡Por piedad! ¡No quiero!»  
Sus grandes ojos en las olas fijos  
y sus lábios de púrpura mordiendo,  
el niño no responde, mas de pronto  
una oleada de color de cïeno  
salta en las peñas, y al caer, arroja  
á los desnudos piés del niño trémulo  
una tabla podrida en que sus ojos  
«¡Adelante!»—leyeron.  
¡El feroz Oceano la sacaba  
de su fondo revuelto!  
¡Era la voz de caridad sublime!  
¡El mandato paterno!  
¡El bote va á arrancar! El niño deja  
los brazos de su madre ¡Dios eterno!  
¡Míralo ya sobre la mar que rugel  
¡Ampáralo! ¡Protégelo!

¡Cómo les siguen las miradas todas!  
¡Cuántos son los valientes? ¡Que resueltos!  
¡Virgen santa! ¡Las olas los ocultan!  
¡Ay! ¡hácia dónde van? ¡Oh! ¡perecieron!  
¡No! ¡Miradlos allí! ¡Se salvan! ¡Todos!

21

¡Oh! ¡Vuelven! ¡Ya! ¡Valor! ¡Ya! ¡Todos ellos!  
¡Hasta las bordas sube el agua inquieta!  
¡qué importa! ¡Vienen todos! ¡Bravo esfuerzo!  
¡Hurrah! «¡Pronto! Lanzadnos una amarra.  
¡Ayudadnos! ¡Ya! ¡Bien!»

Miéntras ligeros  
todos gritan y corren, á los brazos  
de la madre infeliz el hijo ha vuelto  
y la besa y le dice «¡No me riñas!  
¡Ay! Estará mi padre tan contento!

1873





3/  
cobardes? ¡ Nunca! ¡ Sin tardar! ¡ El mar!  
Ni á las olas temis' ni al aire fiero!  
¡ Delante! te llamanre — <sup>no lo dudes</sup> ~~Hijo~~  
¡ Losos los hombres son. Al mar se fueron  
y ninguno volvió. La infancia hora  
era en que tú me ves llorar gimiendo  
todas las tardes hasta el borde mismo  
de las arenas y del mar sereno.

El, Océano que á mis pies se humilla  
cuientas <sup>veces</sup> ~~veces~~ <sup>blava</sup> con mojados besos  
me devolvio' del tan querido bote  
ni una tabla siquiera; Tú, mi velo  
dijo del corarón! ¡ Si me quieres  
no te lances al mar! Nunca! Ya tengo  
tu promesa! Jamás! El padre cura  
te quiere mucho ¡ me comprendes? Bueno!  
Serás un sacerdote! Tu destino  
abre á tus pasos cómodo sendero  
Sin <sup>veces</sup> ~~estas~~ <sup>veces</sup> borrascas,  
Sin encuestas sus espantosos ecos  
cuando seas ya cura, tu criada  
yo veré; ¡ que' tranquilos vivisemos!  
dejos del mar! Recuerda que hace <sup>días</sup>  
que me lo prometiste! ¡ dejos! ¡ dejos!

El niño calla. Piensa en sus amigos  
en sus amigos, pobres y pielluelos  
que al despertar el alba, por la bordas  
de las chalupas viven satisfechos  
mientras él, resignado, no se atreve  
ni aún á andar un cable. Dócil siervo  
~~de~~ es de su votos y promesas. Quiere  
obedecer y suya obediencia.  
¡ Si cuando el cura uerra el blanco libro

4/  
diciéndole, ¡a pigas! oh qué contento  
ya libre como por la arena fina  
acariciando su imposible sueño  
Mas, ay! sentir el aire humedecido  
que le vea y escortija los cabellos,  
y el agua que acaricia, desde tierra  
ver las espumas de las olas, visto  
que ~~calaba su~~  
apareja su Japán, pero no basta  
a su indomable voluntad con eso  
Sobre las olas su ambición se vea  
sobre la vieja barca sus deses.  
Allí la vela desplegada flota  
allí los fogos hincaba nido viento  
El horizonte se engrandeció, ~~tembló~~  
el corazón bajo el desuado pecho,  
el aire franco se le va a la grá,  
y far una su cántico y soberbia...  
¡y sufrió tantos meses de martirio,  
sin ver llegar el suspirado término!

Los meses pasau. Torna el equinoccio  
y ~~bona brava, padre Sobrad~~  
y con él sus furres. En el puerto  
~~un día lamentabánde reunidos~~  
algunos infelices marineros.

Y un brik - misaron - que tocaba can  
las penas ya del arceife negro.  
con las olas saltaba, del naufragio  
la fatal agonía padeciendo.

¡Al bote al mar! ¡Valientes! dijo ~~quien~~  
~~¡quien pudo y burlando desde el fondo~~

92

La Vendedora de periódicos.

---

¡Los diarios de la tarde!  
¡Eh! ¡La *Liberiad!* ¡La *Francia!*

Al escuchar estos gritos  
salir de la voz cascada  
de una vieja, en una esquina  
del *boulevard* me paraba  
todas las tardes. Los vidrios  
en farolas y ventanas  
del sol los rayos postreros  
partian en rojas bandas.  
Yo pedía mi periódico,  
interrumpiendo la marcha,  
y, luchando con el aire,  
sus dos hojas desplegaba.  
Las intermitentes luchas  
políticas no me exaltan;  
las revoluciones hacen  
escépticas á las almas,  
y no consiguió la mía  
lauros de privilegiada;  
mas por añeja costumbre  
maquinal y necesaria,  
compro siempre algun diario  
y leo todas sus páginas  
para enterarme siquiera  
del que sube y del que baja,  
como quien mira al barómetro  
antes de salir de casa.

—  
«¡Los diarios de la tarde!»  
grita sin cesar la anciana!

—  
A veces, ágil muchacho  
por allí corriendo pasa,  
y sobre la tiendecilla  
un grueso paquete lanza  
de diarios, que aún conservan  
el ácre olor de la máquina,  
por entre cuyos cilindros  
ruedan las hojas gallardas,  
apareciendo partidas  
en líneas negras y blancas.

—  
«¡Ya no me queda ninguno!  
¡Señor! ¡Es muy tarde! ¡Vaya!  
¡Un *Pais!* ¡Una *Estafeta!*»  
Así, con sonrisa franca,  
la vieja todas las tardes  
al llegar yo, me gritaba:  
«¡Las discusiones aumentan!  
¡El ministerio declara  
su política! ¡Las gentes  
peroran y se entusiasman

24

cruzando por las aceras  
con mucha ansiedad. Aguardan  
los periódicos... Y vienen...  
¡zás! ¡Y me los arrebatan!

—  
¡Lo que yo me divertía  
con sus veras y sus chanzas!

—  
«Vamos mal ¡oh! ¡Los veranos  
son lentos! ¡Nunca se acaban!  
No producen emociones!  
¡Y ya V. lo sabe; tardan  
de una manera en abrirse

las sesiones de las Cámaras!  
¡Hasta el quince de Noviembre!  
¡Si no fuera por las causas  
criminales, de seguro,  
de seguro me arruinaba!

¡Es muy triste confesarlo,  
pero las grandes infamias,  
los grandes robos, las grandes  
explosiones en las fábricas,  
nos producen tanto, tanto,  
que... ¡la verdad!... ¡hacen falta!

En los días del proceso  
¡Bilhoir, Dios mío! ¡Qué ganga!  
Pagué todos mis atrasos;  
deshice todas mis trampas.  
Pero... como las sesiones  
en Versalles nada, ¡nada!  
¡Todas tan entretenidas!  
¡Todas! ¡Y luego, diarias!...»

—  
Al ir entrando la noche  
de la tienda me alejaba  
riéndome del destino  
que en sus volubles mudanzas  
permite que las mas grandes  
transformaciones, las altas  
empresas, el mismo crimen  
no sólo sirvan y valgan,  
ya de feliz escarmiento,  
ya de costosa enseñanza,  
sino para que en el pobre  
rincon de su oscura casa  
viva, sin la compañía  
del temor, aquella anciana.  
Desde entónces los ruidos  
de la prensa no me cansan.  
Gracias á sus discusiones  
y á sus veleidades gracias,  
en el bajel del Estado  
que se tuerce, gira y vaga,

25.

puede vivir satisfecha  
una mujer desgraciada;  
así como el ratoncillo  
que por las bodegas salta,  
de un gran vapor... ¡no se cuida  
ni del vino ni del agua!

II.

Una tarde—ya los frios  
tiranizaban la tierra—  
entre las sombras del fondo  
de la pobrísima tienda  
algo ví de triste y nuevo  
que me causó larga pena.  
Un niño; no contaría  
más de nueve primaveras;  
rubio, pálido, su rostro  
transparentaba tristeza;  
sus vestidos convenían  
á su dolor, negros eran.  
Estaba sentado en una  
butaquilla, muy estrecha,  
y sosteniendo en su falda  
un Diccionario; sus tiernas  
miradas, á quien supiese  
descubrir, estremecieran!

—  
«¿Quién es?»—dije—y al instante  
con cierto orgullo la vieja  
me respondió: «¡Si es mi nieto!  
¡Aprende mucho! ¡Son buenas  
todas mis noticias!» «¡Bravo!  
repliqué—¡bravo!»—La abuela  
temblosa, no sabía  
cómo pagar mis finezas.  
Yo le pregunté: «¿Lo mandan  
sus padres para que os vea?»  
—«No señor, el pobrecito  
es huérfano; ya en la tierra

29

solo en mis cansadas manos  
ayuda y apoyo encuentra.  
Pero si yo vivo mucho  
ha de valer, á la fuerza.  
El estudia, y sabe, ¡sabe!  
y yo le idolatro, y miéntas  
estudio y amor le valgan...  
¿no comprende V. mi idea?  
—«Toma—le dije al muchacho—  
toma y corre, buena pieza,  
¡toma!» y en sus dedos hice  
deslizar una moneda.  
Solos quedamos, y entonces  
dije: «¡La verdad! ¿Es buena  
su salud?» Con un sollozo  
dió principio la respuesta:  
«¡Ay, señor, esos temores  
son los que me desesperan!  
¡No va bien, no; sufro tanto;  
¡ay, señor, y no se queja!  
¡Tan débil como su padre!  
¡Tose mucho! ¡Duerme apénas!  
No conozco ningun niño  
más dispuesto á la obediencia,  
ningun otro que más calle,  
ningun otro que más sepa...  
pero sus ojos se cubren  
con unas sombras muy negras  
y sus mejillas se tiñen  
del color de la azucena.»  
«¡Valor!» contesté.—«Lo tengo.  
¡Oh! mi negocio prospera,  
así, que nada le falta  
al pobrecito. Si ordena  
el médico muchos gastos,  
Dios en seguida me presta  
salvación. Hace tres meses  
temieron por su existencia  
y fueron las medicinas

27

muchas y muy caras. En  
por un día de la crisis  
Dufauré; aumentó la venta  
y con lo que fui ganando  
le salvé. » La pronta vuelta  
del niño costó mis frases,  
Fódes rápidas y tréumelas.

---

A Paris y á un tumulto  
dejé con el alba nueva;  
entre brumas se quedaron  
mis vandevilles, mis Tragedias,  
su lago, su hermoso Bosque,  
mis jillos y sus grisetas.  
Desde entonces ya leía

28

con más interés la prensa  
y cuando en las apretadas  
líneas de menudas letras  
surgían, ya fueran luchas  
en las Cámaras, ya horrendas  
catástrofes, ya el escándalo  
de la actriz más hechicera,  
sintiéndose con perspectivas  
más libres y más rítmicas,  
sin cuidarse de perfiler  
gramaticales, se veían  
metáforas ó de giros  
de pretenciosa belleza  
decía: "¡Cuánto me alegro!  
¡Lo que ganará la abuela!"

III

Al volver a París, supe  
que ya el niño estaba muerto.  
"Ay, ay, señor, me decía

la pobre abuela gimiendo:  
 "educarlo, contemplarle  
 con tanto amor! ¡pensarlo!  
 ¡dígame V. si en el mundo  
 cabe mayor sufrimiento!  
 Este dolor me asesina,  
 al andar me tambaleo,  
 todo logra trastornarme  
 y ya de nada me acuerdo....  
 Antes por verte dichoso  
 me afanaba en mi comercio;  
 más de una vez combinando  
 ardides venía me el sueño!  
 Ya, ¡qué me importa? Ya solo  
 en mi desventura pienso!  
 ¡Cómo no? los Jueves  
 me abirán sus puertas. Quiero  
 morir pronto! Tal vez pueda

90,

volverle a ver! ¿Ya veremos!

¿qui responder á un frases?

¿Cómo calmar su tormento?

Para tamaños dolores  
alivio eficaz no encuentro.

Yoda las tardes volaría  
por mis diarios y viendo  
su pena nunca guardaba  
un elocuente silencio.

Por entonces diuturne  
en acts de aquel gobierno  
un tan irritado encoro,  
un tan risible desprecio,  
que al fin llegó á interesar  
aquel batallas tremendo  
de pasiones desbordadas  
y fementidos deseos.

Ya con furor atacando,  
 ya con afán defendiendo  
 eran muchas las polémicas  
 y el hablar alto y violento.

"El Gabinete no sabe  
 utilizar los progresos."

M. Senor, El premio  
 derrotar al ministerio

¡ la agricultura y las artes,  
 y la industria y el comercio  
 florecerán con la vida,

y la protección del comercio!

¡ que será más dividida!

¡ que será más homogénea!

Después de siete semanas  
 de lucha cayó el gobierno.  
 ¡ Yo estaba desesperado!

¿Cómo tolerar aquello?

¡ Destruía las costumbres

del orden! ¡ llamaba al cielo!

Abandoné muy temprano  
 la cama y salí corriendo  
 a la calle; ¿no podía  
 consucarme!; ¿lo confieso!  
 ¿lo afirmaban los periódicos?  
 ¡Era preciso leerlos!  
 ¡Ya todo París se había  
 anticipado a mi celo!

Tan solo quedaba un Siglo  
 de la víspera. Recuerdo  
 que ya estuve casi a punto  
 de desesperarme, pero  
 al reparar en el rostro  
 alegre, movido y fresco  
 de la pobrecita anciana  
 mudaron mis sentimientos.

—  
 "¡Vaya! se olvida! —" me dije.  
 "¡Ya no se acuerda del nieto!"  
 "¡Todas iguales!" Mas ella

99

que leyo' mi pensamiento  
asi dijo: "¡Vaya! Cuanda  
está mi rostro si me  
es ay! porque solamente  
por un dicho me interes.

Yo i para qué necesito,  
diga V., tanto dinero?

¡Te la tierra que le envuelve  
es saya! ¡Propia! Yo voy  
alli todas las mañanas,  
muy temprano, y cuando puedo,  
refuchas flores, sobre todo

rosas y adelfas, le llevo...»  
—«¡Muy bien!»—«¡Señor! Esparcidas  
sobre la tumba las dejo,  
y al irme digo, llorando:  
«Mis piegarias recogieron  
en sus cálices; ¡su aroma  
las hará subir al cielo!»

—  
Estreché la débil mano  
de la infeliz, y emitiendo  
mis infundadas sospechas,  
mis criminales recelos,  
en tristezas y en ternuras  
medité por largo tiempo.  
Desde entónces, cuando llega  
á mis oídos el eco  
de la noticia que anuncia  
alguna crisis, me alegro,  
porque digo: «¡Pobre abuela!  
¡Lo que estará recogiendo  
para rosas! ¡Cuántas rosas  
va á tener el pobre nieto!»

87

¡ Por la bandera!

-

Amor bendito de la patria! En todos  
 los corazones vivos. Tú penetras  
 en el cerrado corazón más duro  
 como la luz del sol esplendorosa  
 en el repliegue del abismo cubierto.

—  
 En el triste desierto y en Argelia  
 delante de los picos y gargantas  
 del Atlas imponente, ya pasados  
 los días del feroz cuarenta y ocho,  
 los insurrectos del terrible junio  
 culpables ¡ay! pero también franceses  
 en los ruidos azules del trabajo  
 espían sus desgracias y dolores,  
 entre ~~algunos otros~~ centinelas  
 guardados por algunos

También franceses. En aquellos grupos  
~~se~~ <sup>forman</sup> el orador impetuoso,  
 el utopista cándido y sincero,  
 el envidioso, eterno desterrado  
 de los placeres de la vida, el pobre  
 trabajador vencido por sus males;  
 Fodor, soñando con futuros días  
 y quebrantado, van, ~~estas~~ <sup>estas</sup> terras vest.  
 Era bueno el lugar para presidio.

Por un lado se extiende gran desierto  
 y ~~se ven~~ <sup>por el otro</sup> ~~larga cordillera;~~ <sup>larga cordillera;</sup>  
 algunos arbolillos se destacan  
 sobre tierra, muy raras y muy pocas;  
 é, insuperable prisión que, por la noche  
 a' todos, centinelas y forzados,  
 encerrará, sobre creencia loca  
 un reduto se vé. Sus dos cañones  
 amenazantes brillan en sus muros,

guarda en sus cuevas numerosas armas  
y en asta vigorosa tiende al viento  
una bandera tricolor que ondula  
en el azul del infinito cielo.

Cien condenados son, soldados treinta.

Un día, cuando el alba con su rayos  
~~se~~ tibios, de rosa y oro, descendía  
surgiendo hermosa sus flotantes velos,  
cuando calla el león y las estrellas  
pali deciendo van, en los instantes  
en que el duro trabajo <sup>da primer pie</sup> ~~se~~  
s ~~sigue~~ <sup>entre</sup> por las rocas puntiagudas  
de los barrancos próximos, fantasmas  
con blancos alboruzos, agitando  
sus espingardas con furor horrible,  
los bravos beduinos del desierto  
por todas partes se encontraron.

Eran

911

dos tubos largo tiempo sonetidos,  
que rompiendo en gajo, ~~se~~ se levantaban  
curvando bueltas, golpes y ~~ráfagas~~  
Cual negra nube en la que el rayo viene  
por el desierto, rápidas, curvaron  
entre las olas de un ardiente creua.

---

Ante aquel fuerte, inesperado ataque  
el comandante del reduto, bravo  
pero prudente, y á las guerras hecho,  
palideció. ¿qué haces? Su escasa tropa  
apenas el empuje contendría  
de aquel golpe feroz y los forzados  
huirían, se refugó, los primeros.

---

En este instante de sus largas filas  
uno salió, despues que un los suyos  
habló de prisa y rigurosamente,  
Era un mozo, gallardo, que llevaba

empresas en su rostro las señales  
 de largas horas de tener miseria  
 y en sus <sup>mejores</sup> ~~grandes~~ ojos <sup>añe</sup> ~~alucía~~  
 el resplandor vivísimo y siniestro  
 del fuego de las grandes barricadas.  
 Aproximóse al viejo comandante  
 y ~~gritó~~ <sup>gritó</sup> un acento decidido:

Vengo á decirle que nosotros somos  
 cien arrieros, sí, pero cien hombres,  
 y todos muy valientes y sabedores  
 que hay grandados fusiles, que son <sup>muchos</sup>  
 más que nosotros. Dadnoslos. El día  
~~de nosotros será~~  
 nuestro será. Cuando incluya todo  
 los fusiles irán á nuestras manos.  
 Mi palabra de honor, mi comandante.

El pobre veterano, conmovido  
 les repartió fusiles, municiones  
 con prontitud y sin temer... ¡y á tiempo!

93

Jalopando velos y clamando  
¡Alah! clamando ¡Alah! sobre los nervios  
en tormente frenético ~~venia~~  
la turba de los braves beduinos.

De improviso rugieron los cañones,  
y al empuje brutal de la metralla  
que al cruzar por los aires agitados  
hendidio, ~~harris,~~ la partió, retrocedieron.

Salio del fuerte la columna entónces,  
y se trabó la lucha; fué muy vivo  
el fuego, muy constante, muy constante,  
pero pronto cesó. Desesperados  
~~los fuertes beduinos que creyeron~~  
~~hallar defensa débil~~

~~En el reduto poca fuerza~~  
los beduinos con furor tres veces  
se lanzaron, rabiros, á la carga,  
remolinos haciendo con los sable,  
~~para~~ ~~se hallaban detidos~~  
y siempre, ~~moviéndose,~~ ~~se paraban~~  
~~para~~ ~~regresar~~ ~~con~~ bayonetas  
descando con algunas bayonetas.

94/

Muerto por fin en ~~defensa~~ ~~peleados~~,  
como bandada de volaves nuevos,  
cautizaron sus potros  
~~hacia el interior~~ y escaparon.

En columna cerrada, ~~se~~ ~~tan~~ ~~aperte~~  
volvieron los forzados al reduto  
y, sin vacilación, fueron ~~dejando~~ <sup>las armas</sup>  
~~las armas en el interior~~, ~~pasando~~  
dejando en pabellones, ~~noble~~ ~~alto~~ <sup>clara</sup> ~~clara~~ <sup>nuestra</sup>  
~~en la~~ ~~frontera~~ voluntades  
de sus heroicas ~~actitudes~~ <sup>actitud</sup> dadas.

Uno por uno, á todo, conteniendo  
sus lágrimas, el viejo comandante  
fue estrechando la mano en los suyos,  
y les decía sollozando:

¡Gracias!  
¡Gracias mil! ¡Gracias mil! ¡Por la bandera!